

# PONENCIAS

## LA RELACIÓN MAESTRO-DISCÍPULO EN LA CULTURA OCCIDENTAL

P. Francisco Javier Duplá, SJ\*

### Abstract

*The present essay analyzes the master-disciple relationship that transforms the latter's life and it is necessary to set apart from that of the professor's relationship, as excellent as it might be, with the pupil. The paper also refers to some praiseworthy examples of this rapport: Socrates or eros' power, discipleship (not imitation) of Jesus of Nazareth, and, in a Venezuelan context, the teaching influence of Simón Rodríguez over Bolívar and the Latin American mastery of Andrés Bello.*

**Key words:** *history of teaching, master, disciple, eros, followship, discipleship, Republican spirit, professor's relationship, western culture.*

Quien ha tenido la suerte de encontrarse en la vida con un auténtico maestro, esa relación le ha marcado para siempre y le ha convertido en una

---

\*P. Francisco Javier Duplá Bernal, SJ., nacido en Zaragoza (España) en 1940 y de nacionalidad venezolana. Sacerdote, miembro de la Compañía de Jesús en Venezuela. Educador con más de 30 años de experiencia docente y directiva en Secundaria y en la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB). Investigador durante 16 años y director por 5 años del Centro de Reflexión y Planificación Educativa (CERPE). Ha publicado artículos de tema educativo en diversas revistas y libros. Autor de 5 libros de cuentos. Miembro del Consejo Nacional de Educación, entre 1995 y 1999. Actualmente profesor de las Escuelas de Educación y Comunicación Social de UCAB-Guayana.

persona diferente, más rica interiormente y más positiva hacia los demás. Pocos tienen esa suerte, porque los auténticos maestros escasean. Maestro es una persona que enseña a vivir, que comunica lo que es, su propia esencia, y ese núcleo íntimo está tejido de vivencias de gran riqueza personal que muestran lo valioso que es la vida y lo importante que es aprender. La personalidad del maestro ejerce tal atractivo sobre el discípulo que lo configura de alguna manera, que lo modela parcialmente a su imagen y semejanza. Esta última frase, que trae recuerdos de la acción creadora divina que pone al hombre en la *existencia*, expresa el poder cuasireador que el ser humano es capaz de ejercer sobre otro, y en ese sentido participa, aunque sea reflejamente, de un poder divino.

Todo auténtico maestro ejerce un gran poder sobre el discípulo, quien acepta gustosamente esa influencia. El discípulo admira al maestro, quiere ser como él. Y así la herencia de los hombres y mujeres mejores de cada generación puede transmitirse y mejorar las sociedades. ¿Dónde ocurren esas relaciones privilegiadas? En muchos ámbitos: religioso, artístico, literario, cultural, empresarial, educativo y, por supuesto, en el ámbito familiar. La influencia decisiva de grandes hombres y mujeres religiosos sobre sus seguidores es bien conocida, pero tal vez se ha estudiado más en relación con el contenido sobre el que se ejerce la relación y menos sobre la misma configuración psicológica ejercida. Algo semejante se podría decir de la relación artística o literaria.

En este trabajo trataré de resaltar lo característico de esa relación entre maestro y discípulo en el ámbito educativo, apoyándome en dos figuras claves de la cultura occidental y en dos figuras señeras venezolanas, sabiendo que su número es mucho mayor y recorre toda la historia. Esas figuras han contribuido a transmitir lo mejor de nuestra herencia cultural y a mantener viva la esperanza de que un mundo mejor es posible.

### **1. La relación maestro-discípulo en el ámbito educativo**

La enseñanza constituye el escenario ideal para la comunicación docente, para la transmisión de todo el patrimonio cultural de una sociedad, en nuestro caso la occidental. La enseñanza transmite, como sabemos, conocimientos, adiestramientos, habilidades y destrezas, y favorece la aparición de actitudes y valores que marcan la vida de las personas. Una educación como debe ser lleva a la formación del sujeto ético, que consiste en «la conciencia de autonomía y responsabilidad y donde se va configurando el sentido de la dignidad propia y

ajena. Donde se reconocen y personalizan sistemas de valores»<sup>1</sup>. Gracias a la educación familiar y social somos cada uno lo que somos.

Una auténtica enseñanza tiene la virtud, como dice poéticamente George Steiner, de «despertar en otros seres humanos poderes, sueños que están más allá de los nuestros; inducir en otros el amor por lo que nosotros amamos, hacer de nuestro presente interior el futuro de ellos; ésta es una triple aventura que no se parece a ninguna otra»<sup>2</sup>. En otras palabras, el maestro transmite una cosmovisión de plenitud que el discípulo acepta agradecido, y le ayuda a proyectarse por encima y más allá de sí mismo hasta niveles insospechados.

Pero también hay otro tipo de relación, más superficial y temática. Se trata de la relación entre profesor y alumno, que transmite los conocimientos y las destrezas necesarios para la vida, pero que no pretende ir más allá. En ese caso no se trata de maestro y seguidor o discípulo, sino de profesor y alumno. La comunicación pedagógica entre profesor y alumno constituye el núcleo de la enseñanza corriente y es necesaria en todas las sociedades. Sin embargo, tampoco es fácil encontrar buenos profesores en los tiempos que corren. Hace falta que el profesor domine bien el campo de su especialidad; hace falta también que ambos, profesor y alumno tengan un interés común en el objeto de estudio o adiestramiento. En este caso, el alumno respeta al profesor como mediador de ese conocimiento o habilidad y trata de apropiárselo con su ayuda.

Pues bien, en los tiempos que corren, «la antienseñanza, estadísticamente, está cerca de ser la norma en la relación entre profesor y alumno. La mayoría de aquellos a quienes los padres confían a sus hijos en la educación secundaria, a quienes acuden en busca de guía y ejemplo en la academia, son unos sepultureros más o menos amables. Trabajan para rebajar a sus estudiantes a su propio nivel de fatiga indiferente... Millones de personas han visto cómo las matemáticas, la poesía, el pensamiento lógico eran asesinados para ellos y en ellos por una enseñanza muerta y por la vengativa mediocridad quién sabe si subconsciente de los pedagogos frustrados»<sup>3</sup>. Estas frases irónicas del crítico mexicano Adolfo Castañón sobre el trabajo de muchos docentes corresponden a la realidad que

---

<sup>1</sup> Loreto Ballester Reventós, «Relación formativa maestro-discípulo en la Universidad», Foro Internacional de Jóvenes, Rocca di Papa, 31 marzo 2004.

<sup>2</sup> George Steiner, «Lecciones de los maestros», Siruela, Madrid, 2004, p. 173.

<sup>3</sup> Cita casi textual de Adolfo Castañón, «Al margen de las lecciones de Steiner», febrero 2006, <http://www.lettraslibres.com/index.php?art=11051&sec=3>

vivimos y de la que nos quejamos. No es el momento de descargar a tantos docentes mediocres que pueblan el panorama educativo, no sólo en Venezuela, sino en todos los países del hemisferio occidental. Por algo se dice que la educación está en crisis, y uno de los factores que más contribuyen a ella es la mediocridad de los docentes. No sólo la educación, sino la sociedad misma es la que está en una fuerte crisis de valores y de proyección hacia el futuro. Sólo interesa el presente, disfrutarlo sin responsabilidad y sin pensar en las consecuencias del derroche energético necesario para fabricar tantos artículos innecesarios. La admiración por lo noble ha quedado anticuada, el gusto por el saber ha pasado de moda. La irreverencia ante el misterio da muestra de la superficialidad del hombre actual. Ser sabio, generoso, desprendido y profundo son ideales que no llaman la atención de la mayoría de los jóvenes. Por eso nuestra cultura es inmediatista, mediocre, superficial, corrompida, y en el fondo profundamente triste y vacía.

Pero no quiero quedarme con el gusto amargo de una crítica indiscriminada y generalizadora, que no hace honor a tantos hombres y mujeres que viven la docencia como una vocación humana plena de sentido. En todos los niveles del sistema educativo hay maestros y maestras que marcan a sus discípulos por los rasgos anotados anteriormente. Y también, porque les comunican valores, algo que se espera siempre de la relación educativa y al que se hace referencia constantemente. La educación ha de transmitir valores, se dice comúnmente. La educación, como cualquier empeño humano que valga la pena, no está libre de valores. Pero ¿es posible transmitir valores? ¿Qué tiene que ver la relación entre discípulo y maestro con la transmisión o el despertar de los valores en el discípulo?

Los valores forman parte de la realidad humana individual y social. Nos movemos por valoraciones que hacemos de las cosas, y las sociedades establecen parámetros ideales de comportamiento y de convivencia social, que se rigen en último término por lo que esas sociedades consideran más valioso. Los valores tienen una dimensión cognoscitiva y una afectiva. También tienen con frecuencia una dimensión simbólica, velada bajo un signo. La *dimensión cognoscitiva* de los valores sirve para enunciarlos, para darles expresión verbal, para hacer una lista de ellos. Conversar con un amigo, hacer deporte, hacer oración son indicativos de acciones que tienen un valor. La *dimensión afectiva* de los valores se expresa por la frecuencia e intensidad con la que se persigue un valor, y la satisfacción que produce. Este aspecto afectivo del valor es el que es capaz de producir su capacidad de contagio.

La comunicación de los valores ocurre, ante todo, por la vivencia personal del maestro, que contagia a los discípulos lo que es y valora. Enseñamos lo que sabemos pero educamos lo que somos. Si la persona, mucho más el educador, quiere formar en y para los valores, es necesario que los posea, que los desarrolle en sí mismo. Sólo así podrá persuadir a los demás de que esos valores valen la pena, producen satisfacción, dan felicidad.

Desde tiempos antiguos y hasta el advenimiento del pragmatismo contemporáneo, la educación ha tenido dos fines: proporcionar conocimiento y hacer a la *gente* buena. «*En la escuela se aprendían, además de lectura y matemáticas, lecciones sobre honradez, amor al prójimo, trabajo incansable, amor a los animales, austeridad, patriotismo y valor*» nos dice el educador y psicólogo norteamericano Thomas Lickona, hablando de sus años infantiles. En tiempos recientes se tiene miedo a influir excesivamente en los niños, hay una especie de horror ante lo impositivo y la consecuencia ha sido que el vacío ha sido ocupado por otras instancias: los medios de comunicación, la calle, el grupo de amigos. Ahora se está cobrando conciencia de que hay muchos valores sobre los que todos estamos de acuerdo, sobre los que se apoyan estas sociedades de occidente y que hay que transmitir de todas las formas posibles. Nadie sostiene que mentir sea bueno, ni que la honestidad esté pasada de moda. No hay ninguna Constitución nacional que apruebe la corrupción administrativa y política, que condene el diálogo como instancia mediadora en los conflictos, que vea con indiferencia la conculcación de los derechos humanos. Nadie se queda indiferente ante un caso de acoso o de abuso sexual, y nadie se atreve a afirmar que la discriminación es conveniente. Ha pasado la hora de la indiferencia o la inhibición ante los valores comunes. Inculcarlos es hacer honor al instinto de supervivencia social.

Hay además otro aspecto importante que no suele resaltarse en la relación maestro-discípulo: que no beneficia solamente a los dos, sino que es constructora de comunidad. Se suele pensar en la enseñanza como una relación entre dos personas, sea la relación profesor – alumno, sea la relación maestro – discípulo o seguidor. Pero esa relación tiene lugar dentro de una comunidad que queda afectada por la relación entre los dos. Ambos participan de una cultura y forman parte de una comunidad que les proporciona un conjunto de presupuestos, valores, maneras de entender conocimientos anteriores, formas de pensar y de comunicarse. No es posible entender la enseñanza y la influencia de Sócrates sin conocer el trasfondo político y cultural de la Atenas del siglo V antes de Cristo. No es posible comprender el impacto de Jesús en la sociedad judía de su

tiempo sin conocer el mundo religioso de su entorno. Tanto la enseñanza como el aprendizaje requieren una cultura y una comunidad, de la que reciben y con la que dialogan. Estas consideraciones ayudan a entender uno de los aspectos más sorprendentes de la relación maestro – discípulo, a la que no suelen referirse los autores en nuestro medio eclesíástico, que M. A. Rodríguez Leal describe así: «Una clase, una tutoría, un seminario, una conferencia, pueden generar una atmósfera saturada de tensiones cordiales, donde las intimidades, los celos, los desencantos se irán convirtiendo en movimientos de amor o de odio; o bien, en una compleja mezcla de ambos. Para Steiner, la enseñanza-aprendizaje se encuentra saturada de deseo y traición; manipulación y distanciamiento; pues todo ello se encuentra contenido en el repertorio del *eros*»<sup>4</sup>. Los sentimientos juegan un papel clave en la relación entre maestro y discípulo: admiración ante la sabiduría, la personalidad, el estilo de vida; deseos de seguimiento, de ser como el maestro; afecto, apego sentimental hacia el maestro. Todo esto por parte del discípulo. Por parte del maestro, el deseo de dominar a los demás, de obtener reconocimiento de su parte, de ser admirado, es la cara oculta de una relación que puede transformar en muchos casos la relación maestro-discípulo convirtiendo su carácter de donación en una egocéntrica exigencia de adoración. Todo estos aspectos pueden ser estudiados en la historia del discipulado en Occidente. Pero es Sócrates el maestro de la antigüedad que mejor puede ejemplificar el poder del *eros* en la enseñanza.

## 2. Sócrates o el poder del eros en la enseñanza

Sócrates es una figura controversial, como es bien sabido. Para Platón es el hombre más inteligente y el ser más moral que ha conocido. Para el comediógrafo Aristófanes es un sofista jocosos y burlesco, que no merece mayor consideración. Sócrates, deforme y feo según la tradición, tenía un poder sobre sus discípulos que algunos han calificado de seducción. Otros, con mucha ironía, han expresado que compensaba su pésima relación con su mujer Xantipa con el afecto que lograba de parte de sus discípulos, entre los que sobresale Alcibiades. La fuerza de atracción que emana de una personalidad integrada alrededor de una idea *existencial*, de convicciones totalizadoras, es irresistible para los discípulos mejor dotados.

---

<sup>4</sup> Martha Angélica Rodríguez Leal, comentario a «Lecciones de los maestros», de George Steiner.

El fuerte de Sócrates es la conversación, muchas veces ocasional, pero no es una conversación cualquiera, sino dirigida a esclarecer la verdad por medio de preguntas acertadas, formuladas de acuerdo con la respuesta del momento. Sócrates se niega a ser un maestro al uso, que comunica su conocimiento, sino que fuerza al discípulo a convertirse en indagador de sí mismo, en autodidacta. En ese esfuerzo común entre maestro y discípulo, Sócrates se convierte en un guía inigualable y ejerce un poder seductor, que se basa en la admiración del discípulo hacia su personalidad. No se trata de un poder relacionado con el ámbito sexual, como algunos podrían pensar, sino con el poder de arrastre que ejerce una personalidad de gran inteligencia y de elevada palabra. Sócrates ejerce una especie de hechizo carismático, de embrujo, como muchos líderes políticos o guerreros lo han ejercido en la historia, generalmente al servicio de su ambición de poder. Es el caso bien conocido de Napoleón, de Hitler o de Fidel Castro. Su hija disidente Alina dice que su padre «fue un revolucionario y ahora es un dictador. Hay cosas que no se pueden negar de él: en los años en los que inició la revolución fue una vez muy importante en Latinoamérica. Promovió un sueño universal de justicia social y tuvo un momento de liderazgo en los países no alineados»<sup>5</sup>. El poder seductor de sus largos discursos, de su palabra apasionada han conmovido por años a centenares de miles de sus oyentes y han ejercido una indudable influencia fuera de las fronteras cubanas.

Sócrates en cambio ejerce su poder seductor para el bien de sus discípulos. De él puede decirse lo que dice Steiner en general de los grandes maestros: «El Maestro, el pedagogo, se dirige al intelecto, a la imaginación, al sistema nervioso, a la entraña misma de su oyente... Se apela a la totalidad de mente y cuerpo. Un Maestro carismático, un 'profe' inspirado toma en sus manos, en una aprehensión psicosomática, radicalmente 'totalitaria', el espíritu vivo de sus alumnos o discípulos. Los peligros y los privilegios no conocen límites»<sup>6</sup>. Sócrates fue irresistible para sus discípulos y su poder causó envidia y malevolencia entre los magistrados, que le acusaron de seductor de la juventud, y lo condenaron a muerte. ¿Es ese el destino último de todo maestro excepcional, ser condenado a muerte simbólica por sus discípulos, ser superado por ellos? A Sócrates se aplican plenamente las hermosas palabras con las que Steiner expresa cuál es el último destino de un auténtico Maestro:

---

<sup>5</sup> Luis José Uzcátegui y Eleonora Bruzual, «los hombres que erotizó Fidel», Libros de El Nacional, Caracas, 2004, p. 37.

<sup>6</sup> George Steiner, o.c., p. 34.

«La enseñanza auténtica puede ser una empresa terriblemente peligrosa. El Maestro vivo toma en sus manos lo más íntimo de sus alumnos, la materia frágil e incendiaria de sus posibilidades. Accede a lo que concebimos como el alma y las raíces del ser, un acceso del cual la seducción erótica es la versión menor, si bien metafórica. Enseñar sin un grave temor, sin una atribulada reverencia por los riesgos que comporta, es una frivolidad. Hacerlo sin considerar cuáles puedan ser las consecuencias individuales y sociales es ceguera. Enseñar es despertar dudas en los alumnos, formar parte de la disconformidad. Es educar al discípulo para la marcha... Un maestro válido debe, al final, estar solo»<sup>7</sup>.

Sócrates es, pues, una de las personalidades que configuran la historia de Occidente, y su influencia se puede resumir en la convicción que transmite a sus discípulos de que ellos «saben», de que tienen mucho que aportar al diálogo. Sócrates hace creer al hombre en sí mismo, y logra con ello iniciar un despegue de las sujeciones antiguas a fuerzas incontrolables. Sócrates, en ese sentido, se anticipa veinte siglos al optimismo de la Ilustración.

### 3. Jesús de Nazaret

No voy a desarrollar este apartado, porque eso lo harán otros más autorizados que yo en estas Jornadas de Teología. Voy simplemente a indicar algunos aspectos básicos de la pedagogía de Jesús desde el punto de vista educativo.

Jesús es un Maestro en el sentido pleno de la palabra, es decir, un hombre que enseña a vivir, que comunica su propia esencia, su propio ser a los que se atreven a seguirle, pero les deja en libertad para seguirle o no, y para realizarse a su modo. Lo que marca a sus seguidores de una manera definitiva es el encuentro personal con él, un encuentro que tiene dos dimensiones: estar con él y seguirle. La primera, «estar con él», es más afectiva y es la base indispensable para el seguimiento. Ninguna doctrina convence por sí misma hasta el punto de arrastrar a la acción; lo que convence es la persona. El magnetismo de Jesús, un hombre ajeno al establecimiento judío de la época fue lo que atrajo a Pedro, a Santiago y a Juan. No fueron sus discursos, sus parábolas, que luego oyeron con admiración. La segunda dimensión no es la imitación, sino el seguimiento, el ir tras él, que es una forma de expresar metafóricamente la adopción de un mismo espíritu, de una misma manera de enfocar la vida y la realidad. Los

---

<sup>7</sup> George Steiner, o.c., p. 102.

discípulos no deben imitarle, es decir, hacer exactamente lo mismo que hizo Jesús, sino algo nuevo según las circunstancias, eso sí, impregnado de su espíritu. Pablo no conoció a Jesús, pero asimiló al máximo su espíritu y se permitió apartarse de muchas prescripciones legales que los primeros cristianos practicaban y señalar que no formaban parte del seguimiento de Jesús. Pablo no fue imitador, sino seguidor de Cristo.

Sabemos por experiencia que son muy pocas las personas con las que somos capaces de establecer un encuentro en profundidad, de tú a tú, sin defensas ni inhibiciones. Cuando esto ocurre sabemos que aquí se da una relación de amor profundo, de entrega de los espíritus, irrepetible, única. Funciona en esta relación una aceptación incondicional del otro, de su manera de ser, de su originalidad, y también – y esto es lo más difícil – de su libertad. Se le acepta totalmente, pero sin tratar de poseerlo, de condicionarlo, de hacerlo girar en torno a uno mismo, de manipularlo. Se trata de quererlo como es, dejarle ser él mismo, aceptarlo sin límites ni condicionamientos.

La descripción anterior se aplica a Jesús y se aplica a los que se entregan a su persona. «Si quieres seguirme...» es la invitación de Jesús a iniciar una entrega libre, y la respuesta del discípulo debe ser igualmente libre y que deje en libertad al Maestro, que no pretenda acomodarlo a las propias expectativas mesiánicas o de otro tipo, como en repetidas ocasiones intentaron hacer Pedro y los demás discípulos. Todo esto, por supuesto, es inconcebible si no hay amor. Solamente por amor se puede permitir al otro que influya en mí y que me cambie, solamente por amor le dejo entrar en mi vida y dejo que él me transforme.

Ese amor como fundamento de la invitación, que pide respuesta amorosa y libre, no ocurre sin contradicción. En la oposición que encuentra la propuesta de Jesús se revela uno de los misterios más profundos de la realidad humana, al que está sujeto por supuesto el discipulazgo: el rechazo de la oferta amorosa, es más, su contradicción hasta intentar extirparla matando al que invita, eliminando al maestro. La oferta de cambio hacia el bien molesta al que ha instalado su vida sobre la ambición, el poder o el placer. Los tres grandes vicios humanos no permiten su cuestionamiento radical. Y a ellos hay que sumar – algo que se aplica muy bien al judaísmo contemporáneo de Jesús – la convicción de actuar en nombre de Dios. La convicción religiosa radical impide el cuestionamiento, una especie de soberbia inconsciente que no es sólo personal, sino institucional. La historia de las tres grandes religiones monoteístas ha mostrado, y sigue mostrando, que la institución religiosa puede convertirse en el principal obstáculo para el seguimiento de las grandes figuras religiosas.

Jesús fue y sigue siendo el Maestro por excelencia en la cultura occidental, el más exigente y al mismo tiempo el que deja más libertad; el que da mayor amor, pero el que no se desanima si no lo encuentra en respuesta. Su nueva visión sobre la relación de Dios con los hombres, sobre la religión o relación de los hombres con Dios, sobre el papel de la ley y de la libertad, sobre el amor a los demás aunque sean opositores o enemigos no tienen parangón en la historia humana.

#### 4. Maestros venezolanos insignes

En el ámbito venezolano suelen proponerse como paradigmas de maestro a muchos educadores antiguos y modernos, Simón Rodríguez, Andrés Bello, Cecilio Acosta entre los antiguos; Tulio Febres Cordero, Mariano Picón Salas, Luis Beltrán Prieto entre los modernos. ¿Qué tienen ellos de característico que pueda servir para iluminar la función de maestro en los tiempos que corren? Sólo nos fijaremos en los dos primeros, admitidos generalmente como los dos grandes educadores del siglo XIX, no sólo en Venezuela, sino en el ámbito latinoamericano.

**Simón Rodríguez** y Simón Bolívar tienen más de una semejanza, además de coincidir en el nombre. Ambos resintieron la falta de cariño de los padres, Bolívar por perderlos tan pronto, Rodríguez por ser un expósito, es decir, abandonado por su madre en la puerta de una iglesia. Ambos tienen un carácter inconforme, rebelde, voluntarioso. Simón Rodríguez dejó una huella imborrable en el Libertador: «Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que Usted me señaló», le escribió Simón Bolívar a su antiguo maestro desde Pativilca, en el Perú, el 19 de enero de 1824. Le dice también al General Santander: «A don Simón Rodríguez. . . Fue mi maestro, mi compañero de viajes, y es un genio, un portento de gracia y talento... Cuando yo lo conocí valía infinito».

¿Quién era este hombre, a quien Bolívar tributa semejantes elogios? ¿Cuál fue su influencia sobre el Libertador? La pregunta no es ociosa, porque Simón Rodríguez difícilmente corresponde a la imagen convencional de un Maestro. Podríamos atribuirle los siguientes calificativos descriptivos: muy inteligente, difícil de carácter, huraño, adusto, inquieto, irónico, incómodo para sí mismo y para los demás, no convencional, idealista sin ingenuidad, luchador y perseverante, un punto desengañado de los demás, sobre todo de los políticos. El colombiano Ángel Uribe, quien conoció a Rodríguez que ya contaba setenta y nueve años en 1850 en Quito, lo describe así: «Sin ser muy alto de cuerpo, tenía aspecto

atlético; sus espaldas eran anchas y su pecho desenvuelto; sus facciones angulosas eran protuberantes; su mirada y su risa un tanto socarrona: ¡el volteriano esencial! Mira de frente; emplea incluso el desplante. No pide sino por hambre o miseria; ni se queja, más bien sonrío; ni se muestra nunca sentimental. En sus obras no hay referencia alguna a las mujeres. Parece hombre frío, aunque enérgicamente apasionado por sus ideas; su orgullo manteníale erguido aun en las mayores pobreza. No tolera que se le contradiga en sus opiniones; discute, refuta, apabulla con argumentos, pero como varón culto que es, respeta el criterio de los demás; tolera sin ceder, sonrío a veces con mordacidad. Ni enfático, ni obseso, sábese muy seguro de sí»<sup>8</sup>. ¿Cómo pudo un hombre en apariencia tan contradictorio ejercer un magisterio espiritual tan importante sobre el Libertador?

En primer lugar, por la fuerza y claridad de sus ideas sobre las costumbres sociales, sobre el gobierno y la sociedad, sobre los valores, sobre la educación y sus fines. En segundo lugar, por su manera de entender el trabajo docente, que se adelanta varias décadas a lo que después se llamará Escuela Nueva. Rodríguez afirma que «El objetivo de la escuela es disponer el ánimo de los niños para recibir las mejores impresiones y hacerles capaces de todas las empresas». Mariano Picón Salas, al comentar este pensamiento, dice lo siguiente:

«¡Recibir las mejores impresiones! Esto significaba acostumbrar los sentidos de los niños a apreciar la belleza de la naturaleza y a vencer el temor... ¡Hacerlos capaces de todas empresas!: esto significaba que desde la infancia hay que infundir a los niños fe en sí mismos, coraje para superar las dificultades y proceder en la vida de modo valeroso y enérgico.

Contra el antiguo maestro tiránico que pensaba, de acuerdo con la tradición colonial, que 'la letra con sangre entra', Rodríguez era partidario de un sistema educativo en que los muchachos no fueran sólo simples espectadores o repetidores de las lecciones del profesor, sino que tuvieran también el derecho de hacerle preguntas, de exponerle sus dudas, anhelos y necesidades. El niño no debe ser hipócrita, y es necesario acostumbrarlo a que exponga con claridad y honradez cuanto piensa y siente»<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> Alfonso Rumazo González, «Biografía de Simón Rodríguez, Maestro de América», Caracas, Universidad Simón Rodríguez, 1976, pp. 55-56.

<sup>9</sup> Citado por Rafael Fernández Heres, «Humanismo y Educación en Venezuela (Siglo XX)». Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 185, Caracas, 2003, p. 194.

Simón Rodríguez creía que educar significa enseñar a participar, despertar la iniciativa, permitir que cada uno se explye orientándole hacia lo mejor. Esta misma postura le llevó a ser un enemigo ideológico de todo gobierno dictatorial. El pensamiento político de Rodríguez es fácilmente deducible de sus escritos y es indudable que influyó en los conceptos republicanos de Simón Bolívar. Escuchemos sus palabras:

«Porque las operaciones del Gobierno Republicano están expuestas a los ojos de todos, es permitido criticarlas.. . con *decencia*...; pero no todos están facultados para *residencia*r al Gobierno ni a nadie dan las leyes licencias para *insultar* a los Magistrados.

Si el Pueblo no respeta el puesto en que coloca el *órgano de su autoridad*. . . *cada día* habrá menos ciudadanos *respectables* que quieran ocuparlo».

«No hay *Prestigio* que sostenga el Poder *Absoluto*; los Monarcas más *altivos* se MODERAN; Monarca ABSOLUTO — Pueblo CERO».

«La ignorancia es la causa de todos los males que el hombre hace y hace a otros».

José Luis Salcedo Bastardo presenta un retrato de Simón Rodríguez que resalta su carácter excepcional como hombre de ideas:

«Formulador de originales doctrinas sobre las disciplinas políticas primordiales, educación, economía, ciencias del hombre. Resalta su perfil revolucionario y su aspiración de cubrir y servir, de modo global, a nuestra brava América. En su tiempo fue el pensador de mayor creatividad; por su rebeldía, un orientador de segura clarividencia. Sus teorías educativas apenas si comienzan a aplicarse en buena parte hoy. Su poder de anticipación llevóle, en varias rutas, a insospechables distancias y al drama de los precursores: ser incomprendido. Fue el primero en preconizar que después de la Independencia política había que realizar la independencia económica».<sup>10</sup>

Su acercamiento a la metodología de la enseñanza hace recordar a Sócrates. Se parecían tanto ambos personajes a los ojos de Bolívar que le llama «*mi Maestro y mi Sócrates*». Rodríguez, tan ajeno al aprendizaje memorístico,

---

<sup>10</sup> José Luis Salcedo Bastardo, en el prólogo a «Simón Rodríguez, pensador para América», de Juan David García Bacca, 1978.

conversaría con el joven Simón los temas de la antigüedad clásica en la enseñanza del latín que le impartió. De acuerdo al filósofo Juan David García Bacca, Simón Bolívar admiraba mucho a Rodríguez. Aporta también el testimonio del General Florencio O'Leary, edecán del Libertador, quien afirma que, bajo la dirección de Simón Rodríguez, hombre de variados y extensos conocimientos, pero de carácter excéntrico, aprendió Bolívar los rudimentos de las lenguas española y latina, aritmética e historia<sup>11</sup>. García Bacca no ahorra elogios sobre Simón Rodríguez:

«Simón Rodríguez, 'el hombre más extraordinario del mundo'. Simón Bolívar, el Libertador, estaba convencido de ello por trato directo, inmediato, desde la niñez a la muerte: trato de vista, de oído, de lectura, de vida en común, peregrina, vida de unidad compartida de ideales, de vicisitudes, padecimientos y gestas que han hecho Historia universal algunas; otras, historia de América; algunas, personales.

No sólo Bolívar notó el carácter extraordinario de Simón Rodríguez. Otros testimonios confirman lo mismo. Dejemos que todos ellos nos persuadan de lo mismo, pues son premisa imprescindible para que eso de «extraordinario» quede documentado históricamente, y no sea cual novela o hijo de buenos deseos.

«Don Simón, con dotes muy altas de intelectualidad, sufría las consecuencias de un carácter altivo, duro e independiente, con ideas y costumbres verdaderamente singulares». Así dice Ramón de la Plaza<sup>12</sup>.

«Don Simón Rodríguez era un verdadero reformador, cuyo puesto estaba al lado de Owen, de Saint-Simón y de Fourier. Hombre de genio, independiente y observador, nacido y formado por sí mismo...». Testimonio de J. V. Lastarria, quien conoció a Simón Rodríguez en casa de Andrés Bello, en Santiago<sup>13</sup>.

Pero Simón Rodríguez, por sus ideas avanzadas y por su carácter, no fue un hombre fácil de tratar ni mucho menos. En las sociedades clasistas de la América española de entonces rechazaron sus intenciones de unir educación y trabajo manual. Quiso fundar escuelas donde se enseñaran oficios – entre otros el de fabricante de velas – y fue tildado de loco. Pero él siguió en su empeño,

---

<sup>11</sup> Obras Completas de Simón Rodríguez, t. I, Universidad Simón Rodríguez, Caracas, Venezuela, 1975. p. 30.

<sup>12</sup> Ibid., pp. 23-24.

<sup>13</sup> Alfonso Rumazo González, o.c., p. 66.

convencido de que para fundar Repúblicas nuevas hacen falta hombres nuevos, y son hombres nuevos quienes no hacen distinciones entre los humanos por el color de la piel, el origen familiar o la situación económica, y aceptan con entusiasmo una educación práctica que une el conocimiento intelectual y la destreza manual.

Simón Rodríguez fue un inspirador, pero no un organizador. Sucre no lo quiso en Bolivia, donde Bolívar lo había hecho Director general de Educación, aunque le reconocía su probidad e ideas educativas originales. En carta al Libertador le explica por qué no ha podido mantenerle en su puesto, ya que en ocho meses de gobierno no ha sido capaz de presentarle un programa. Tiene ideas brillantes, pero las cambia con facilidad, le dice. ¿Cómo un hombre que no es organizado pudo influir tanto en la educación, una empresa que requiere sistematicidad, organización, perseverancia? No tuvo estas cualidades Rodríguez, pero sí tuvo una que compensa la falta de las otras y lo mantiene en vigencia: su preocupación – casi convertida en obsesión – por educar a los niños de todas las clases sociales. Rompió con el clasismo dondequiera que fue, y eso no fue perdonado por la clase dominante, que lo consideró un extravagante y un peligro social. Esta «peligrosidad social» de Rodríguez da a sus ideas un tono plenamente actual y nos asocia a esta preocupación, que ha sido medianamente satisfecha en tiempos pasados, como lo expresara Prieto Figueroa en su famosa frase: «De una educación de castas a una educación de masas», pero que todavía está lejos de realizarse, no sólo en extensión de la educación a todos, sino sobre todo en calidad, para que sea capaz de convertir a todos en ciudadanos honestos y responsables, seguros de sí mismos, inteligentemente productivos para sí mismos y la sociedad.

**Andrés Bello** es nuestro humanista por excelencia, todavía no suficientemente conocido y valorado en Venezuela. En su niñez y juventud tuvo la fortuna de ser guiado por un gran maestro, el fraile Cristóbal de Quesada, y esa relación lo marcó para toda la vida. Pedro Cunill Grau afirma al respecto:

«El fraile mercedario Cristóbal de Quesada, uno de los más prestigiosos latinistas existentes esos años en Venezuela, de amplia y profunda cultura humanística. Con sus lecciones privadas y conversaciones coloquiales entre 1792 y 1796, tuvo la honra de ser el maestro de latinidad y castellano de Andrés Bello, instruyéndole tanto en los clásicos latinos como en los españoles. Años más tarde, en los mejores momentos de gloria, su discípulo destacó la profundidad de su papel educacional.

Fue admirable la enseñanza del fraile Quesada en gramática y literatura, a través de la lectura de los clásicos latinos, preferentemente de la poesía de Horacio y Virgilio, y de los literatos y dramaturgos castellanos, en especial Cervantes, Calderón de la Barca, Lope de Vega y otros autores del antiguo teatro español. Fueron cuatro años de una admirable relación maestro-discípulo que se interrumpió a comienzos de 1796 al fallecer el fraile, cuando estaba dirigiendo la traducción castellana del quinto libro de la *Eneida* del poeta latino Virgilio, emprendida por Bello»<sup>14</sup>.

Tal vez lo más decisivo en la formación de Bello fue la *actitud* de curiosidad sin límites que el fraile supo inculcar a su discípulo, junto con una voluntad férrea de trabajo que mantuvo toda la vida sin aparente cansancio, y que le permitió alcanzar altas cotas en terrenos muy diferentes: gramática, lingüística, filología, dominio de idiomas extranjeros (latín, griego, francés e inglés), crítica literaria, poesía, filosofía, pedagogía, periodismo, geografía, historia, derecho, política, divulgación científica, economía.

Fue sin duda un gran maestro, que dio a su patria adoptiva, el austral Chile, «una literatura histórica, un molde jurídico, un sistema universitario, un ordenamiento sistemático de la tradición nacional. Hay un Bello desconocido – y el más admirable – que es el que durante seis lustros de su gloriosa edad madura, que se podría comparar por la armonía vital con la de Goethe, labora con su consejo y equilibrio en la fundamentación espiritual de un pueblo»<sup>15</sup>. El magisterio de Bello no se concretó tanto en personas individuales cuanto en la configuración de una cultura nacional. Bello, nacido en Venezuela, hizo más por su patria de adopción que ningún chileno de nacimiento ha hecho por ella.

Sus aportes magistrales se extienden asombrosamente a campos muy diversos. El dominio del idioma, según Bello, asegura la estabilidad política, como lo expresa acertadamente Iván Jaksic:

«Desde un punto de vista lingüístico, Bello quiso dar legitimidad a la independencia al defender un lenguaje que fuese propiamente hispanoamericano y que ayudara a consolidar el nuevo orden político. El pensador venezolano llegó a la temprana convicción de que el experimento de la independencia sólo tendría éxito en la medida en que hubiese unidad continental, facilitada por un

---

<sup>14</sup> Pedro Cunill Grau, «Andrés Bello», Biblioteca Biográfica Venezolana, n° 40. Caracas, 2006, pp. 19-20.

<sup>15</sup> Mariano Picón Salas, citado por Rafael Fernández Heres, o.c., p. 196.

lenguaje común... Bello creía que sólo una población educada, que compartiera un lenguaje uniforme y común, podría asegurar la estabilidad del nuevo orden político». <sup>16</sup>

Entre los aportes más importantes de Bello a la consolidación de las nuevas nacionalidades destaca su esfuerzo por construir el nuevo orden moral que necesitan las naciones americanas <sup>17</sup>. La independencia lograda no significaba necesariamente el establecimiento de un régimen republicano más o menos liberal. Era una *libertad de*, pero había que darle sentido con una *libertad para* construir el orden social, el progreso, la equidad y la justicia sociales. Como bien dice Straka, «se trata de un punto muy poco considerado por nuestra historiografía y, por eso, de uno que aún sigue como pábulo de muchas incomprensiones y de bastantes más manipulaciones: he ahí, por ejemplo, el largo y doloroso ejemplo de nuestras tiranías, tan nacionalistas y celosas de la soberanía ellas, sobre todo cuando de protegerse de fiscalización multilateral sobre asuntos como los derechos humanos se trata...». Gran parte del esfuerzo legislador de Bello se dirige no sólo a cambiar las leyes, sino las costumbres, más importantes que las leyes, porque éstas prescriben lo que se debe hacer, pero aquellas les dan efectividad. Si las costumbres de una sociedad van al margen de las leyes republicanas, las Repúblicas sólo lo serán de nombre. Lo mismo vale de las democracias actuales.

En el discurso inaugural de la Universidad de Chile, que Andrés Bello diseñó y luego dirigió durante 22 años hasta su muerte, nos transmite su visión política, que tiene plena actualidad. Cito de nuevo a Iván Jaksic, *experto* chileno en temas bellistas:

«Plantea el desafío central para las naciones independientes: nacidas de la lucha por la emancipación, ¿cuál era, para ellas, el *significado* del concepto de libertad? La libertad implicaba, concretamente, victoria militar y separación política de España. Para algunos, significaba una lucha continua contra los legados

---

<sup>16</sup> Iván Jaksic, «El *significado* histórico de la obra de Andrés Bello», en Andrés Bello y la gramática de un nuevo mundo. Memorias V Jornadas de Historia y Religión. Caracas, Publicaciones UCAB, 2006, p. 22.

<sup>17</sup> Cf. sobre este punto Tomás Straka, «Para una gramática de las costumbres: tres hipótesis sobre Andrés Bello y su tiempo», en Andrés Bello y la gramática de un nuevo mundo. Memorias V Jornadas de Historia y Religión. Caracas, Publicaciones UCAB, 2006, p. 48 y ss.

del pasado colonial. Pero en el contexto de la construcción de las naciones, Bello expuso que la libertad debería estar relacionada, y tal vez subordinada, al orden. No pensaba que la libertad y orden eran incompatibles sino que, al contrario, dependían el uno del otro. En particular, no podía haber libertad verdadera sin un control sobre las pasiones políticas o personales. El orden permitía la libertad colectiva en la medida en que limitaba tales pasiones, a las que calificaba como «licencia». El reto era cómo hacer que las naciones fueran más allá de la imposición formal del orden, para transformarlo en voluntaria virtud ciudadana. Bello estaba convencido que la autodisciplina individual podía lograr la estabilidad social y política gracias a la reflexión en torno a los derechos y deberes individuales»<sup>18</sup>.

Poco conocido es el aporte científico de Andrés Bello, dentro de sus esfuerzos por crear una educación moderna e interesante. Iván Jaksic lo destaca así:

«Los intereses de Bello en temas científicos no eran ni aislados ni esotéricos, puesto que los consideraba como un vehículo más para la consolidación del nuevas repúblicas, en atención a la necesidad que éstas tenían de difundir conocimientos para educar a las nuevas generaciones que se desarrollaban bajo un nuevo sistema político. La ciencia, en este sentido, era parte del proceso más amplio de construcción de las naciones, y Bello distribuía la información que podía conseguir en Inglaterra y otras partes de Europa.»<sup>19</sup>

Andrés Bello no se contentó con iluminar a la América con su palabra, sino también con su servicio. Desempeñó simultáneamente puestos de gran responsabilidad en la vida pública chilena. Tomo prestadas las palabras de Pedro Cunill Grau:

«La contribución de Bello fue fundamental a la institucionalización del orden jurídico de la nación chilena. En sus múltiples actividades prestó ardua y continua atención al desenvolvimiento de la administración pública con la creación y puesta en marcha de diversas instituciones. Nada escapaba a su interés creativo. Aprovechó para el bien común la concentración en su persona de posiciones y puestos estratégicos. La magnitud de su influencia se expresó a lo largo de su permanencia chilena, aunque hubo momentos estelares cuando desempeñaba simultáneamente los cargos de virtual subsecretario del Ministerio

---

<sup>18</sup> Jaksic, o.c., p. 26.

<sup>19</sup> Cunill Grau, o.c., pp. 58-9.

de Relaciones Exteriores, de Senador de la República, director de *El Araucano* y Rector de la Universidad de Chile. Ningún hombre en la República tuvo como Bello tan amplia influencia en la administración pública y ninguno tampoco hizo tanta obra trascendente por ella. Por ejemplo, en su desempeño como Senador, efectuó contribuciones fundamentales en variada temática como las relaciones internacionales, aduanas, colonización, urbanismo y muchas otras. Fue ecléctico y realista, evitando conformar instituciones irreales o desarrollar soluciones institucionales extremas»<sup>20</sup>.

Un hombre como Andrés Bello seguirá dejando huella a lo largo de los siglos, aunque haya momentos de eclipse parcial de su figura. Su magisterio sigue siendo de plena actualidad, porque su visión republicana no ha llegado a realizarse. Sus contenidos educativos es natural que sean obsoletos, pero no el espíritu que los anima.

¿Podemos recoger de lo dicho hasta aquí algunas enseñanzas comunes a ambos maestros, Simón Rodríguez y Andrés Bello, que nos ayuden en los tiempos actuales? Estas podrían ser sus coincidencias en el magisterio:

— Un primer rasgo común entre ambos educadores, que sirve para ilustrar nuestro propósito, es la curiosidad o el afán por el conocimiento que ambos tuvieron. Su campo de interés abarcó muchas áreas, más todavía en don Andrés, y ellos intentaron siempre transmitir esa curiosidad por todo, que los mantuvo interesados y activos hasta el final de sus días. Se podría decir que realizaron en sí mismos los postulados más modernos de la educación permanente. En la educación actual se cultiva poco la curiosidad, se dan las cosas hechas, los resultados, y no se hace ver el proceso que permite llegar hasta el producto final. Enseñar el proceso e invitar a recorrer otros posibles caminos es abrir un panorama que la pedagogía actual elimina equivocadamente.

Nuestra cultura esta signada por el pragmatismo o utilitarismo más rampante. Sólo interesa aprender lo que sirve para un fin concreto, léase económico. Se descarta el saber por el saber mismo como algo pesado y anacrónico y no se cae en la cuenta de que el conocimiento, utilitario o no, abre la mente, amplía el horizonte, proporciona interés vital, facilita relaciones, hace más inteligente a la persona, más amplia, más tolerante. Sólo un conocimiento a fondo de las cosas permite el diálogo sobre temas controversiales, un diálogo

---

<sup>20</sup> Cunill Grau, o.c., p. 69.

signadó por el esfuerzo honesto de hallar la verdad y no de imponer visiones particulares e intereses parciales.

— Un segundo rasgo que quiero entresacar de la *actitud* educadora de estos dos hombres, Rodríguez y Bello, es su desprendimiento. Enseñaron, escribieron, trabajaron sin esperar ventajas personales, con enorme desinterés propio, por la satisfacción de hacer el bien. Rodríguez intentó fundar escuelas para pardos y luego para los hijos de los humildes, trató en varios países de fundar escuelas para oficios, pero aunque no le hicieron caso perseveró repartiendo luces y virtudes sociales. Andrés Bello trabajó como secretario de embajada en sus años de Londres, redactando memoriales y cartas, opiniones y artículos en nombre de sus superiores, que a veces no solamente no le agradecieron su trabajo sino que le denigraron por envidia. Más tarde, ya establecido en Chile, trabajó prácticamente solo en la redacción del Código Civil chileno y en la justificación y organización de la Universidad, aunque los que figuraban eran siempre los miembros de la comisión. A él no le importaba, porque su trabajo era desinteresado.

— Un tercer rasgo común entre Bello y Rodríguez es su visión republicana, su concepto de la organización política más conveniente para los pueblos en los que les tocó vivir. Entendieron la necesidad de las armas para establecer la independencia, pero luego lucharon con fuerza para que fueran las letras, las leyes, el orden civil el que consolidara las repúblicas. Juzgaron necesario cambiar las costumbres, la cultura diríamos hoy, y creyeron que esto podía hacerse por medio de una educación generalizada y de buena calidad. Creyeron en la necesidad del orden, del respeto, del diálogo, de la discusión de ideas y así lo proclamaron. Tanto Bolívar en Venezuela como los presidentes chilenos bajo los que sirvió Andrés Bello aceptaron tales pensamientos y trataron de ponerlos por obra. Gran legado el de estos hombres para los tiempos que corren.

*Si tu corazón late más aprisa  
viendo a tus alumnos,  
si cada persona es para ti  
un ser que se debe cultivar,  
si cada hora de clase se ha escapado aprisa,  
si quieres más tu trabajo cada año que pasa,  
si las dificultades inevitables  
te encuentran sonriente,  
si los padres y los niños  
dicen que eres amable,*

*si tu justicia sabe revestirse de amor,  
si combates el mal pero no al pecador,  
si sabiendo tantas cosas no te crees sabio,  
si sabes volver a estudiar lo que creías saber,  
si en lugar de interrogar,  
sabes sobre todo responder,  
si sabes ser niño siendo maestro,  
si ante la belleza sabes sorprenderte,  
si tu vida es lección y tu palabra silencio,  
si tus alumnos quieren semejarse a ti,  
entonces...*

**TU ERES MAESTRO**  
**(Antonio Pérez Esclarín)**  
Antonio